

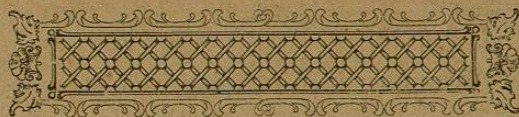


V

SEÑORES jurados: Cuando se comete un crimen no hay poder humano ni divino bastante á santificarlo. Una injusticia será siempre una injusticia aunque la consagren los sacerdotes, aunque la sancionen los reyes; porque la ley positiva no puede hacer nunca que sea moral lo inmoral. Por eso siempre la Historia, y con la Historia el sentimiento unánime de todos los pueblos, tendrá por justa la guerra de Polonia contra Rusia; de Hungría contra Alemania, como será siempre legítima y santa la heroica guerra de la Independencia española. ¿Por qué, pues, vais á condenar á un periódico? Porque defiende la independencia de las naciones, verdad cantada en el romancero español, gran iliada cuyo Homero

es el pueblo: verdad escrita con caracteres de indeleble sangre en Covadonga y en las Navas; verdad que como estrella sin ocaso resplandece siempre sobre las agujas góticas de las catedrales de Sevilla y Toledo; verdad que acariciaron nuestros esforzados padres, cuando sin darse punto de reposo buscaban entre los jardines orientales de la hermosa Andalucía, guiados por el lábaro de la fe, aquellos nidos de flores en que Virgilio puso sus elíseos y el árabe encontró sus edenes, y el cristiano viera hoy su paraíso si no lo buscara en el cielo; verdad que se levanta como eterno incienso del fondo de nuestros campos; que resuena como la voz de Dios en el sepulcro de nuestros mayores; verdad que es el sentimiento más vivo de nuestros corazones; verdad escrita en nuestra agradecida memoria, con símbolos que se llaman Viriato, Pelayo, el Cid, San Fernando; verdad que es la ley de nuestro Evangelio, el principio y el fin de nuestra Historia, el alma sagrada é inmortal de nuestra patria.

(Del discurso pronunciado ante el Jurado el día 20 de Mayo de 1856, en defensa del periódico *La Democracia*.)



VI

CONFIEGO, señores magistrados, haber cometido un dislate hablando de aquello que nos separa, mientras los objetos circunstantes me solicitan todos á decir algo de aquello que nos identifica. Permitidme que, venido de lejos, sin más título que un corazón, como los vuestros, leal y honrado; sin más móvil que un patriotismo puro y ardiente; al verme aquí, en Zaragoza, la ciudad santa, la ciudad bendita, la ciudad sin cuyos sacrificios acaso no tendríamos independencia, siendo la más hermosa nación de Occidente la Polonia del Mediodía; permitidme que, al pisar esta tierra cubierta con las cenizas de tantos héroes, al respirar este aire que ha llevado al seno de Dios las al-